

La ciudad siempre gana

La ciudad siempre gana

OMAR ROBERT HAMILTON

TRADUCCIÓN DE CE SANTIAGO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
The City Always Wins

Copyright © OMAR ROBERT HAMILTON, 2017
Todos los derechos reservados
Publicado con el permiso de FABER & FABER LIMITED y
la agencia literaria CASANOVAS & LYNCH

Primera edición: 2018

Traducción
© CE SANTIAGO

Imagen de portada
Neferiti in a gas mask
© El Zefi



Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2018
Paris 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Impresión
COPÁS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-69-6
Depósito legal: M-4592-2018

Impreso en España

Para Alaa

Éste habría sido mejor libro
de haber podido hablar contigo

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. MAÑANA	11
SEGUNDA PARTE. HOY	129
TERCERA PARTE. AYER	215
RECONOCIMIENTOS	311
AGRADECIMIENTOS	313

PRIMERA PARTE.
MAÑANA

Jamás subestiméis la sabiduría de lo naíf... #Jan25
larga vida a la revolución.

@Alaa

8:17 p. m. - 28 de enero de 2011

9 DE OCTUBRE DE 2011

Hace una hora que dejó de contar los muertos. Estos pasillos están tan atestados de cuerpos y de rabia y de aflicción que algo, seguramente, va a explotar. Por todas partes los llantos de una nueva pérdida, una pregunta a gritos, un rostro en pánico, unos sollozos al teléfono. «Están muertos, están muertos, están todos muertos». La morgue del hospital está llena. No fue construida para esto. En la enfermería hay doce personas encerradas con ella. Once están muertas. Puede oír a los padres a través de la gruesa puerta de metal. «¡Debemos enterrarlos ya! ¡Esta noche!». Once dentro, al menos cuatro aún en camino, diez en otra sala, quién sabe cuántos más aún por llegar, cuántos que todavía huyen del Ejército. «El forense está de camino. Sólo otra hora más. Esperen por favor». Once aquí y una mujer sentada en el suelo, agarrando contra su pecho los dedos flácidos de un hombre; lágrimas le recorren la cara. Él tiene los ojos cerrados —su marido, su hermano, su amado— y la ropa desgarrada y ensangrentada por el metal dentado de las orugas de los tanques. El rostro bordado de Jesús le cubre el pecho. Once aquí dentro, en este cuarto que se caldea por momentos, ¿y cuántos más por llegar? ¿Cuánto más va a durar la matanza? ¿Cuánto más seguiremos encerrados en este cuarto cuyo aire es más denso que cualquier aire jamás respirado, cada átomo del cual es muerte? Bloques de hielo que se derriten entre los cuerpos de los caídos, vapores que susurran desde la carne de los acallados. Ella respira hondo. Este cuarto. Este cuarto minúsculo donde cada bocanada inhala muerte. Te llevaremos más allá. Te llevaremos en nosotros.

Respira. *Nafas*. Respira. *Nafs*.^{*} Estas moléculas de olor que se elevan desde vuestros cuerpos, vuestra ofrenda final al mundo superior. Yo os respiraré. Yo os llevaré en mí.

—Debemos enterrarlos ya. —Una voz de hombre. Mariam puede oír retazos de la discusión a gritos que se cuelan por la puerta—. La justicia es para la otra vida. Deja la justicia al Señor. Debemos enterrarlos ya.

Respira. Huele el fruto, el sudor, el polvo de tus hermanos, dulce como la sangre, cargado de la putrefacción venidera. Pronto saldrá el sol. Respira. Ahora estamos juntos. Se lo haremos pagar.

—Pero —una voz más joven, cortés, frustrada— si no tenemos las autopsias ni las pruebas, el Ejército lo negará todo. —Mariam reconoce la voz de Alaa, la primera persona que vio en el hospital, los rizos de su pelo enmarcándole el rostro tal como había visto por televisión—. Necesitamos las autopsias para que se haga justicia.

Respira. Sé fuerte. Se hará justicia. Sé fuerte, sé fuerte por esta mujer cuyo nombre aún desconoces, por sus lágrimas, por su amado. Pregúntale su nombre, si necesita algo. Necesita que su marido despierte. Déjala en paz. Hielo. Necesitamos más hielo. Quién sabe durante cuánto tiempo tendremos que impedir que entierren los cuerpos. Respira. Respira este aire sofocante que se ovilla en tus pulmones, que se instala en sus cavidades, que los recubre para siempre con esta noche. Estos cuerpos se convertirán en lo que la mente no pueda olvidar.

—¿Con qué derecho pronuncias tú la palabra *justicia*? ¿Qué justicia? ¿Qué justicia? No podrá haber justicia alguna, no me hables de justicia, no me insultes con esa palabra. Mi hijo está muerto. ¿Mi hijo está muerto ahí dentro y nosotros hablando de justicia? ¿Qué justicia le queda al pobre? ¿Al débil? ¿A los coptos? No *podrá haber* justicia alguna. ¿Qué justicia? ¿Cuándo

* *Nafas*: «respira», en árabe. *Nafs*, en cambio, es una palabra de tradición coránica que se refiere al yo, a la psique y, de ahí, al alma. [Ésta y el resto de notas pertenecen al traductor]

se hará justicia? El sacerdote dice que debemos enterrarlos ahora, ahora y antes de que amanezca. Olvidate de la justicia. Olvidate de las autopsias. Debemos enterrar a nuestros hijos.

—Por favor. Calmémonos. —Otra voz, de mujer, baja, con gran autoridad—. Señor, mi hermano está ahí dentro al lado de su hijo. Éstos son amigos suyos. Los dos confiaron en ellos. Juntos hicieron la revolución. Deberíamos escucharlos.

—Ahora vemos lo que nos trae vuestra revolución.

Hubo una marcha hacia Maspero. Hacia el edificio de la radiotelevisión estatal. El ejército abrió fuego. Sin dudar. Aplastaron a la gente bajo los tanques. ¿Cuántos muertos hay en las habitaciones de todo este hospital? ¿Cuánto tardarán en venir a por nosotros? Fuera en la puerta una multitud aguarda con nerviosismo. ¿Vendrá el Ejército a apoderarse de los cuerpos llenos de acero militar y a deshacerse de las pruebas? Mariam huyó de las balas y se escondió en un edificio y cargó con el cuerpo sanguinolento de un muchacho hasta la parte trasera de un coche y le taponó la herida con su blusa y le dijo que todo saldría bien y lo trajo aquí, al Hospital Copto, y luego un médico se lo llevó dejándola aturdida en el pasillo fluorescente.

—Mariam —dijo una voz. Una médica. Una amiga de su madre—. ¿Te encuentras bien? ¿Sí? Ven conmigo. La morgue está llena. Estamos usando un pabellón. Necesito a alguien allí. Para evitar que la gente entre. ¿Puedo pedirte que lo hagas tú?

Se detuvieron frente a la enfermería. Pasada esa puerta no habría marcha atrás. Ni manera de borrar lo que vería. Giró el pomo.

La mujer con la mano de su amado contra el pecho no se ha movido. Mariam se saca el teléfono del bolsillo. Sin batería. ¿Dónde está Khalil? Lo abandonó. Cargaron juntos con el joven herido, lo pusieron en el coche. Vete, dijo Khalil. No queda sitio. Te encontraré más tarde. Ella se giró y lo vio regresar al hospital de campaña, marrón su camiseta blanca por la sangre casi seca. ¿Dónde está ahora? ¿Está por ahí fuera, entre los familiares de los muertos? Ve a buscar un cargador, un poco

de agua. Ve a por agua para esta mujer. Pregúntale si necesita algo. No, nadie puede darle lo que necesita.

Fuera, de nuevo la voz baja de mujer, su autoridad cargada de pertenencia y de pérdida y de paciencia, está poco a poco convenciendo a las familias. *Sí. Sí. Debemos luchar. Se hará justicia.* De aflicción en aflicción las voces se aúnan hasta formar un escudo de propósitos compartidos. No habrá ningún entierro precipitado ni de cuerpos ni de verdades. Habrá autopsias. Habrá pruebas. Habrá justicia.

Mariam sale al pasillo. Hay más calma ahora en el mundo. Está saliendo el sol. Busca a Alaa, pero no lo ve. En el suelo hay filas de gente sentada contra ambas paredes, a la espera, inmóviles, del forense o de un ataque o de lo que sea que venga a continuación. Camina por el centro del pasillo, en busca de agua. El aire está más enrarecido, nota que se roza contra sus mejillas, que sus pulmones se lanzan a por él con codicia, pero ella procura que sus respiraciones sean superficiales. Por respeto.

En el patio del hospital una joven con capucha negra está sentada encima de una bolsa de plástico abierta llena de botellas de agua.

—¿Puedo coger una? —pregunta Mariam.

—Sí, por supuesto —dice ella, tendiéndole una.

Mariam se sienta en un muro bajo y polvoriento. Hay una mujer mayor envuelta en negro sentada en silencio.

—Sois buenos chicos —dice casi sin hablar, casi para sí misma—. Mi hijo..., igual conocéis a mi hijo. Se llama Ayman. Es...

Mariam aguarda, no dice nada.

Está dentro. Lo sabe. Ayman está dentro, bajo el hielo. Han venido a por nosotros una y otra vez. Una vez al mes, todos los meses con porras y máscaras y pistolas y botas y balas, una y otra vez, y otra vez más, ¿y para qué? Mariam se acerca a la mujer, le pone con delicadeza la mano en el hombro mientras nuevas lágrimas asoman.

—Mi hijo..., él... dice que en Tahrir volvió a la vida.